



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, África Vázquez Beltrán
A través de la agencia Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© De esta edición:
2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana
Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-585-0

Depósito legal: M-5083-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÁFRICA VÁZQUEZ



EL ABISMO
DEL
DRAGÓN

The title is rendered in a highly decorative, calligraphic style. The words 'EL ABISMO', 'DEL', and 'DRAGÓN' are stacked vertically. The letters are thick and black, with elaborate flourishes extending from the top and bottom. The word 'DRAGÓN' features a large, stylized 'G' that loops around the bottom. Several small, five-pointed stars are scattered throughout the design, particularly around the top and sides of the text. The overall composition is balanced and visually striking.

loqueleg

*Para los mundos más bonitos
que he(mos) creado nunca.
Vosotros sois magia.*

Acercaos, no seáis tímidos. ¡Nosotros, los del fondo, dejad de jugar a los dados y escuchadme! Y que el posadero avive el fuego, pues este relato será largo. No todos los días cuenta uno la historia del Abismo del Dragón.

Ah, ya veo vuestras caras. Sé lo que estáis pensando: «¡Ya está Bardo hablando de los dragones otra vez!». Sí, ¿qué pasa? Hablo de los dragones porque un día, cuando esta posada no era más que una roca cubierta de musgo, cuando los reyes todavía eran valientes y los jóvenes campesinos recorrían los caminos en busca de fortuna, esas fabulosas criaturas surcaban los cielos sembrando el terror.

O quizá...

Quizá eso es lo que quieren que creamos.

Porque la historia que voy a contaros esta noche, a la luz del fuego, no es una historia de terror. Porque esta historia habla de monstruos, sí; pero de monstruos que no siempre lo parecen.

Y también habla de muchachas aguerridas, de reyes amables y de la más bella historia de amor que podáis imaginar.

Oh, se ha hecho el silencio. Tengo vuestra atención, ¿verdad? En ese caso, estad muy atentos, porque nuestra historia comienza hace mucho tiempo, en el lejano reino de Daeron...

Hace mucho tiempo, en el lejano reino de Daeron, el rey enfermó.

Al principio nadie conocía el origen de aquella enfermedad. Acudieron a palacio los mejores médicos de Daeron, pero ninguno de ellos pudo hacer nada por el monarca. Y, conforme pasaban los días, este iba marchitándose como una flor cortada, cada vez más arrugado y gris.

11

La reina habló con el mago de la corte, que prometió encontrar la cura para el soberano. Se encerró en la biblioteca del castillo, donde muchos aseguraban que había miles de libros, y durante tres días y tres noches recorrió sus estanterías, hojeando ahora un viejo tomo encuadernado en cuero, ahora un polvoriento volumen de hacía varias eras, ahora un pergamino enmohecido que algún bibliotecario se había tomado la molestia de copiar a mano.

Al amanecer del cuarto día, con las primeras luces del alba, convocó a todos los miembros de la corte en torno al lecho del monarca, que se hallaba sumido en un duermevela febril. La reina también se encontraba allí, con el corazón

en un puño, cuando el mago se adelantó y, dirigiéndose a los presentes, reveló su increíble hallazgo:

—No es una enfermedad lo que padece su alteza, sino una antigua y oscura maldición —declaró— y, por tanto, es un hechizo lo que se requiere para contrarrestarla.

Los presentes guardaron silencio, impresionados. No obstante, él todavía no había terminado:

12 —Pero no es un hechizo fácil de llevar a cabo y, para ello, necesitaré un ingrediente poco común. —El mago hizo una pausa y concluyó—: Necesitaré una escama de dragón.

Aquello causó un gran revuelo en la corte; hasta que la reina, decidida, mandó llamar a los heraldos y les dijo:

—Llevad esta noticia a todos los rincones de Daeron: el caballero que consiga llegar hasta el Reino Dragón y regresar con la escama de una de esas abominables criaturas recibirá cien monedas de oro y, además, se le concederá cualquier cosa que nos pida.

Así pues, partieron los heraldos hacia los cuatro puntos cardinales. Y la noticia se propagó por los confines del reino, desde el Bastión Rocaplata hasta los verdes prados de Arlea, desde la antigua ciudad de Gurlum hasta la Costa Rugiente. Distinguidos caballeros, bravas Amazonas e incluso humildes escuderos se dirigieron hacia Valenor, la capital, donde recibirían pertrechos y un mapa que los conduciría hasta el Abismo del Dragón.

Cada uno de ellos albergaba la esperanza de ser quien regresara victorioso con la escama de dragón y obtuviera el favor real. Todos ignoraban que esta historia ya se estaba escribiendo, y lo estaba haciendo en el lugar más inesperado: en una pequeña aldea del sur.

*En una pequeña aldea del sur, llamada Colina del Rey,
tres personas emprendieron el largo viaje a la corte.*

14 El primero fue Florian del Risco, el único caballero que vivía en Colina del Rey. Los del Risco eran un antiguo y reputado linaje..., y también eran el único antiguo y reputado linaje que existía en Colina del Rey. Al parecer, habían llevado a cabo grandes hazañas en el pasado, pero nadie las recordaba ya. En cualquier caso, Florian era un joven apuesto y osado, y bastante fanfarrón, y a ningún vecino le sorprendió que, tan pronto como el heraldo hubo concluido su relato, ordenara a su escudero que le hiciese el equipaje y preparara a su caballo, Topacio, para que estuviese listo al día siguiente.

El segundo fue Egon, el escudero de Florian del Risco. Se trataba de un muchacho de diecinueve años, moreno y delgado, fuerte y decidido, que siempre había soñado con vivir aventuras. En vez de acatar la orden de su señor y cabalgar a la sombra de este hasta palacio, se despidió de su madre, ensilló al viejo jamelgo de la familia, Silvestre, y partió esa misma tarde.

La tercera fue...

No, no tan deprisa. Comencemos por el principio.

Había en Colina del Rey un solo molino de viento, el Molino Ámbar, que se decía que llevaba en pie desde tiempos antiguos. Se trataba de una estructura de piedra y madera, vieja y chirriante, cuyas aspas se recortaban contra el horizonte en los días soleados como los negros brazos de un ogro de los pantanos. Arlen y Odetta, el molinero y su esposa, eran gentes corrientes y bondadosas: él, recio y moreno, de manos grandes y aire afable; ella, pelirroja y pecosa, siempre dispuesta a echar una mano a sus vecinos. Las gentes de Colina del Rey los apreciaban, y sus buenas acciones les trajeron una gran dicha.

15

Y es que, en una fría y tormentosa noche de invierno, una bruja extraviada llegó a la aldea y Arlen y Odetta la acogieron en el molino, donde le ofrecieron caldo para beber y una manta para calentarse. La bruja, agradecida, puso sus manos en el vientre de Odetta y recitó: «Las buenas raíces dan frutos sabrosos, y de estas gentes bondadosas nacerán dos hijas a las que sonreirá la fortuna».

Y así fue. El matrimonio tuvo dos hijas y, desde que nacieron, Colina del Rey esperó grandes cosas de ellas.

La mayor, Arianne, era la muchacha más hermosa de la región. Pelirroja como su madre, risueña como su padre y

dueña del corazón de la mitad de los jóvenes de la aldea. Poseía un rostro agraciado, de tez clara y rasgos finos, y unos profundos ojos azules que rebosaban dulzura. La belleza de Arianne era tal que, cuando sus padres le asignaban una tarea, como que fuese a la aldea desde el molino para hacer algún recado, muchas veces ella se limitaba a sentarse a orillas del camino, entre las margaritas y las amapolas, y esperaba a cruzarse con algún vecino que, solícito, se ofreciese a cumplir el encargo en su lugar. Mientras, la joven sacaba su peine de marfil y cepillaba su espléndida melena rojiza, que después trenzaba y adornaba con flores. Arlen y Odetta se limitaban a contemplarla con indulgencia y aguardaban, esperanzados, a que Florian del Risco le pidiese matrimonio. Solo un caballero podía estar a la altura de su preciosa Arianne.

La segunda hija del matrimonio se llamaba Hilaria y, aunque también era pelirroja y pizpireta, carecía del encanto arrebatador de su hermana: tenía los ojos demasiado juntos, la nariz demasiado grande y el pelo demasiado encrespado. No obstante, suplía todo aquello con un agudo ingenio y una memoria envidiable que le había permitido convertirse en la erudita más joven de Colina del Rey. Si bien los libros no eran algo que abundara en la pequeña aldea, Hilaria siempre se las arreglaba para encontrar un buhonero que comerciara con ellos, y así había memorizado

los nombres de todos los reyes de Daeron, las batallas que habían desangrado el reino en los tiempos oscuros y las leyes que se habían promulgado en los momentos de paz. También estaba al tanto de las últimas noticias de la capital y, de hecho, había sido la primera en conversar con el heraldo. Sus padres la escuchaban hablar embelesados y, aunque sabían que no tenía intención de casarse, aquello no los preocupaba: Hilaria era lo bastante lista como para triunfar en la vida sin la ayuda de nadie.

17

Eran felices los molineros con sus dos hijas cuando, contra todo pronóstico, Odetta volvió a quedar encinta.

Todos los médicos con los que había hablado le habían dicho que solo podría engendrar dos vástagos, por lo que la noticia causó un gran revuelo en Colina del Rey. Pero, transcurridos nueve meses, la tercera hija de los molineros dejó de ser un tema de conversación en la aldea.

Ravenna nació sin bendición alguna en una fría mañana de otoño. Fue un bebé normal, de ojos oscuros y pelo negro e indomable, y siempre gozó de buena salud. Con el tiempo, se convirtió en una niña corriente; no era fea ni estúpida, pero había crecido a la sombra de sus hermanas y, comparada con ellas, resultaba tristemente vulgar.

Ravenna sabía que jamás igualaría a Arianne e Hilaria, del mismo modo en que sabía que el sol saldría por el este cada

mañana y se pondría por el oeste al caer la tarde. Después de todo, la bruja que había cambiado las vidas de Arlen y Odetta no la había mencionado a ella en su profecía.

18 Y sus padres no la trataban como a sus hermanas. Mientras Arianne tomaba el sol en alguna pradera, Ravenna permanecía en casa, realizando aburridas tareas; mientras Hilaria regateaba con el buhonero para que le rebajara un pesado libro de leyes encuadernado en cuero, ella pegaba la nariz al cristal y soñaba despierta con relacionarse con el mundo exterior. «Todavía eres joven, Ravenna», le decían Arlen y Odetta; y la muchacha, en su fuero interno, sospechaba que sus padres se avergonzaban de ella y por eso no le concedían la misma libertad que a sus otras hijas.

Pero, como la pequeña Ravenna quería mucho a su familia, jamás se rebeló. Con el paso del tiempo, fue volviéndose más callada y retraída, y se refugió en el único lugar en el que no se sentía una intrusa.

Había unos libros que Hilaria arrinconaba y olvidaba en la estantería, y esos eran precisamente los favoritos de Ravenna. Aunque pronto aprendió a no mostrar predilección por ellos en presencia de los demás.

—La nueva Ley Agrícola guarda semejanzas con la que se promulgó en los tiempos del rey Alvin —decía su hermana un día cualquiera, mientras todos cenaban alrededor de

la mesa de la cocina—. Con la salvedad de que el rey Alvin creía que el barbecho era la única forma de garantizar el rendimiento de los suelos, mientras que la ley actual prioriza la utilización de abonos...

—El rey Alvin me recuerda al rey Averyll —intervenía Ravenna, deseosa de unirse a la conversación—. ¿Sabíais que fue él quien derrotó a la Alianza de los Magos Oscuros? ¡Lo leí en un libro!

19

Tras un silencio incómodo, Hilaria solía hablarle con mucha amabilidad:

—Ravenna, querida, ese libro del que hablas no es un libro «de verdad». Lo que cuenta no sucedió realmente, ¿o acaso has visto alguna vez a un mago oscuro?

—Claro que no lo he visto, ¡el rey Averyll los derrotó a todos!

—¿Queréis un poco más de sopa? —decía entonces su madre, e Hilaria retomaba su disertación acerca del rey Alvin. Al terminar la cena, Arianne se ofrecía a cepillarle el pelo a Ravenna e Hilaria la divertía con anécdotas picantes sobre los reyes de Daeron, y así la calma volvía a reinar en el Molino Ámbar.

Sin embargo, Ravenna sentía como si no formara parte de su familia... ni de ningún sitio, en realidad.

Por eso, la llegada del heraldo a Colina del Rey le provocó una gran excitación. Traía noticias de la capital, ¡y qué

noticias! Nada más escucharlas, Ravenna supo que a Egon le interesarían. No fue a avisarlo, claro está; los dos jóvenes jamás habían cruzado palabra, excepto el saludo de rigor cuando habían coincidido en la escuela. Aun así, Ravenna estaba enamorada de Egon. Lo contemplaba desde la distancia, admirando la blanca sonrisa del joven, su risa franca y su carácter animoso, y fantaseaba con que algún día se fijaría en ella. Se imaginaba a los héroes de sus queridos libros con la cara de Egon, y por las noches, mientras oía los ronquidos de Arianne e Hilaria desde su minúscula habitación, inventaba cientos de primeros encuentros, de primeras conversaciones y primeros besos.

Pero, por una vez, Egon no fue lo único en lo que pensó al escuchar lo que estaba ocurriendo en palacio.

La enfermedad del rey. El descubrimiento del mago de la corte. La decisión de la reina.

El Abismo del Dragón.

Ravenna fue la tercera persona de Colina del Rey que acudió a la llamada de la reina. Ella no esperó al día siguiente ni al atardecer, sino que lo hizo a mediodía, después de fregar los platos.

Lo que les había contado el heraldo se parecía mucho a lo que sucedía en sus queridos libros: una horrible maldición, un peligro inminente, un gran desafío... y una aventura por

delante. ¿Y si, por una vez en su vida, ella se atrevía a dar un paso al frente? No era una amazona, ni siquiera una escudera; no poseía una montura en condiciones ni tampoco armas, y no podía jactarse de ser valerosa o astuta. Pero era perseverante y le gustaba caminar.

Además, la recompensa merecía la pena. Cien monedas de oro... ¡Qué locura! En Colina del Rey jamás habían visto tanto dinero junto. Se lo daría a sus padres, sin duda; pero el deseo se lo quedaría ella.

21

Si triunfaba, los reyes le concederían cualquier cosa que les pidiese. Cualquier cosa. Y Ravenna no estaba muy segura de lo que quería, pero no le cabía duda de que, si se ganaba el favor real, todos sabrían quién era. Incluido Egon. Incluidos sus padres, que comenzarían a mirarla con otros ojos. Tal vez incluso empezarían a quererla tanto como a sus hermanas.

Merecía la pena intentarlo.

Solo había un problema: Arlen y Odetta jamás le permitirían emprender un viaje tan largo y peligroso. Ni siquiera la dejaban ir sola al mercado, ni participar en el festival de la cosecha con el resto de chicos y chicas de su edad, pues lo consideraban «inapropiado». De modo que Ravenna tuvo que aprovechar un momento de distracción para escabullirse.

Su madre se hallaba absorta en la contemplación de las últimas flores que le había traído Arianne: unas violetas

cuajadas de rocío que en realidad había cortado uno de sus muchos admiradores, ya que las violetas crecían demasiado lejos del molino y Arianne siempre se quejaba de que, si caminaba mucho, le dolían los pies. Su padre dormitaba en su sillón favorito, con el sombrero de paja calado hasta las cejas y las manos entrelazadas sobre la barriga. Sobre su regazo descansaba un libro que le había prestado Hilaria.

22 Ravenna les echó un último vistazo desde la puerta y deseó poder darles un beso, pero se limitó a echarse la bolsa al hombro y a cerrar la puerta tras de sí con la máxima discreción, confiando en que ni sus padres ni sus hermanas se enfadaran con ella al leer la carta de despedida que les había dejado en su mesilla de noche.

El sol le acariciaba el rostro cuando tomó el sendero por el que se alejaría de Colina del Rey por primera vez en su vida. No tenía ningún caballo que tomar prestado, por lo que se vería obligada a ir a pie y confiar en que algún buhonero se apiadara de ella por el camino y la llevara en su carro.